

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. III

SUMARIO

LORD SALISBURY.....	Las naciones moribundas
LUIS ARAQUISTAIN.....	Europa y América
RAMIRO DE MAEZTU....	La verdadera originalidad
ERNESTO RENAN	Plegaria
JOSE RODRIGUEZ CERNA	El milagro de los claveles
URBANEJA ACHELPOHL..	El mejor disfraz
ARMANDO DONOSO.....	Los grandes líricos alemanes contemporáneos
A. MARGARIÑOS C.....	Hombre contra hombre

cuaderno 87

San José, Costa Rica, octubre 1.º de 1916

Imprenta Grafías

AÑO XI -- VOL III

Colección Ariel

Octubre a Diciembre de 1916



SAN JOSE -- COSTA RICA

Imprenta Greñas

Las naciones moribundas

Fragmento de un famoso discurso de Lord Salisbury

Podéis dividir, en términos generales, a las naciones del mundo en vivas y moribundas. Por una parte veis grandes países de enorme poderío que van creciendo cada año en potencia, en riqueza, en dominio, en perfeccionamiento de su organización. Los ferrocarriles les han dado la facultad de concentrar en un punto la totalidad de la fuerza militar de su población y de reunir ejércitos de una magnitud y de una potencia nunca soñadas por las generaciones que pasaron. La ciencia ha puesto en manos de esos ejércitos armamentos cada vez más poderosos en su eficacia destructora, y que, por lo tanto aumentan el poderío—el terrible poderío—, de los que tienen la fortuna de poder emplearlos.

Junto a estas espléndidas organizaciones cuya fuerza nada parece disminuir y

cuyas actuales aspiraciones para lo futuro solo podrán resolverse mediante un arbitrio sangriento, junto a ellas, hay cierto número de sociedades a las que no puedo denominar sino moribundas, aunque el epíteto haya de aplicárseles, naturalmente, en grados muy distintos y en muy diversas medidas de aplicación cierta. Son principalmente sociedades no cristianas, pero siento decir que no todas están en tal caso; en semejantes Estados, la desorganización y el decaimiento progresan casi tan de prisa como la concentración y el poderío creciente van progresando en las naciones vivas que están junto a ellas. Decenio tras decenio van debilitándose, empobreciéndose, encontrándose más faltas de hombres que dirijan o de instituciones en que puedan fiar, acercándose al parecer cada vez más a su destino y agarrándose, no obstante, con extraña tenacidad a su propia vida.

El desgobierno en ellas no sólo no se cura sino que acrecienta de continuo. La sociedad y la sociedad oficial, la administración, es una masa corrompida, de modo que

no hay terreno firme en que se pueda asentar esperanza ninguna de reforma o restauración, y cada una en su grado ofrecen un cuadro terrible a la porción más ilustrada del mundo, un cuadro que, por desgracia el aumento de nuestros medios de información y comunicación dibuja con líneas más oscuras y más conspicuas a la faz de todas las naciones, apelando a sus sentimientos tanto como a sus intereses y pidiéndoles que aporten remedio. Hasta cuándo es verosímil que pueda durar este estado de cosas no intentaré profetizarlo. Todo lo que puedo indicar es que el proceso continúa, que los Estados débiles van debilitándose y los Estados fuertes fortaleciéndose cada vez más.

No es necesario el don de profecía para mostrarnos cuáles han de ser los resultados inevitables de este doble proceso. Por una u otra razón—por las necesidades de la política o supretexo de la filantropía—las naciones vivas irán poco a poco amenguando el territorio de las moribundas, y rápidamente aparecerán semilleros y causas de conflicto entre las naciones civilizadas. No

hay que suponer, claro esta, que a ninguna de las naciones vivas se le consienta el provechoso monopolio de curar y sajar a esos infortunados pacientes (risas) y la controversia estribará en quién ha de tener el privilegio de hacerlo y en qué medida lo ha de hacer. Tales cosas introducirán causas de fatal disentiimiento entre las grandes naciones, cuyos poderosos ejércitos se están mutuamente amenazando. Tales son, a mi parecer, los peligros que nos amenazan en el período que se aproxima. Es un período en que nuestra resolución, nuestra tenacidad, nuestros instintos imperiales, han de llegar a su máximo. No permitiremos, indudablemente, que Inglaterra se halle en posición desventajosa en ningún caso de nuevos arreglos que puedan ocurrir. Por otra parte, no hemos de sentir celos en el caso de que la desolación y la esterilidad sean vencidas por el engrandecimiento de una rival en regiones a las que no puedan extenderse nuestras armas.

(ESPAÑA, Madrid.)

Europa y América

SI por consecuencia de la guerra no se democratiza Alemania, esto es, si no se le quita a la familia imperial y a su Gobierno el mando absoluto del ejército, la paz no será más que una tregua. Seguirá siendo la paz armada del último medio siglo, se trabajará titánicamente en el restablecimiento de las economías nacionales, tornarán otra vez los gigantescos presupuestos de guerra, se intensificará de nuevo la rivalidad de los armamentos y al cabo de unos años, cinco, diez o veinte, sobrevendrá otro terrible choque que acabe de destruir a Europa.

He aquí el panorama que se abre ante los ojos de las nuevas generaciones europeas si no se vence a Alemania en forma que deje de ser un peligro para Europa entera. ¿Se resignarán a arrostrarlo? Serán tan espantosos los recuerdos que esta guerra de ahora deje en la conciencia de Europa y tan rotunda la certidumbre de que habrán de repetirse si no se des-

militariza a Alemania, que en este caso el Continente europeo sufrirá probablemente una despoblación como nunca antes en su historia. La emigración no es sólo una fuerza del hambre hacia el pan; el emigrante huye también muchas veces por motivos espirituales, ávido de una libertad y de una seguridad que acaso no halle en las viejas civilizaciones.

Este es el gran peligro para Europa: que los hermanos y los hijos de los que ahora sucumben a millones en los campos de batalla se alejen de los viejos países europeos como de un polvorín situado en medio de una lluvia de chispas. ¿Quién podría seguir aquí trabajando fecundamente en todas las artes de la paz si no desaparece en lo alto la turbonada de una nueva guerra? El espíritu, para que crée, necesita garantías de reposo y duración. Un hombre o un pueblo amenazado de muerte no puede entregarse a otras actividades que las que le sugiere el instinto de conservación.

Europa, es verdad, ha vivido durante medio siglo bajo una tormenta y no por esto se ha despoblado ni ha interrumpido la tarea de acrecentar los tesoros materiales e ideales del hombre. Es que los euro-

peos se habían acostumbrado a vivir bajo la amenaza, y además habían puesto una confianza excesiva en los dioses que tenían el rayo en la mano y en los pararrayos que habían de detenerlo. Era tan monstruosa la idea de una guerra europea,— y la realidad ha superado con sus horrores a la idea,— que no parecía que hubiese nadie dispuesto a contraer la responsabilidad de provocarla. Este fué el primer error. Por otra parte, se tenía tal fe en la acción pacifista de la mayor parte del capital y del trabajo, que era general la creencia de que imposibilitaría una guerra de esta magnitud. Este fué el segundo error.

Cuando se restaure la paz, conciértese como se concierte, no hay duda que estas fuerzas de contención—conciencia de responsabilidad en los gobernantes y anhelo de paz en una parte del capitalismo y en toda la clase obrera—serán mayores que nunca y, por lo tanto, habrá desminuido el peligro de una nueva guerra europea. Pero la memoria de la actual será tan dilacerante, que Europa temerá su repetición con centuplicada ansiedad. Ese estado psicológico, mezcla de terror y desencanto, puede engendrar un reflujo emigra-

torio de inmensa gravedad para el continente europeo.

En la ruta de oriente a occidente que va recorriendo la civilización a través de los siglos, América es el nuevo punto de descanso. Frente a Europa, despedazada en lucha intestina por sus propias instituciones seculares, América se ofrece ancha en el espacio y rica de contenido, suficiente para todos y limpia aún de esas complejas máquinas de Gobierno que acaban por hacer omnipotentes a los menos contra los más. No es extraño que el europeo, encorvado bajo el peso de sus oligarquías, de un capitalismo implacable y de unos deberes militares aplastantes, vuelva los ojos a América como a la tierra de promisión donde el hombre puede, sin esfuerzos ciclópeos como aquí, en Europa, ser más libre y hallar mayores holguras materiales. Allí no hay todavía peligros de guerras continentales ni paces armadas que son tan insoportables como las guerras. Con el tiempo, acaso esté también condenada América a enredarse en esos sistemas políticos, regidos por la fuerza sin derecho, no por el derecho con fuerza, que acaban con los pueblos y con las civilizaciones, aunque todo hace esperar que en ese

Continente los hombres y las naciones alcancen un grado de libertad y de respeto mutuo no conocido antes en la historia. De toda suerte, sea cual fuere el destino lejano de América, su realidad inmediata, si Europa no emerge triunfante de la ordadía que en estos momentos sufre, acrecentará poderosamente la fascinación que ha venido ejerciendo, desde su descubrimiento y singularmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX, sobre los europeos.

Esta es la gran amenaza para la continuidad histórica de Europa. Si después de haber perdido en los campos de batalla varios millones de hombres jóvenes, que eran la fuerza física y la lozanía espiritual, las nuevas generaciones optasen por la emigración antes que arrostrar una nueva guerra de esta índole, ¿qué sería del continente europeo? Dejarían de fructificar los campos, de producir las fábricas, de crear obras insignes las ciencias y las artes, de parir nuevas libertades la política, y Europa entraría gradualmente en la categoría de esas regiones del mundo oriental que duermen hoy, realizada su misión, un profundo sueño del espíritu, esperando quizás que en la eterna rotación de las

cosas vuelva a ellas otra vez, en un día lejano, la hora de despertar impetuosamente.

Europa tiene la intuición de que esta guerra es para ella en conjunto, y no sólo para algunas de sus partes, una lucha de vida o muerte. Alemania es como un quiste, cargado de ponzoñas, que le ha salido al cuerpo europeo. Y esta guerra es como una operación quirúrgica emprendida para eliminar los malos humores de la autocracia y del militarismo germánicos. Francia no quiere resignarse a dejar de ser el centro nervioso del mundo. Inglaterra guarda aún en su seno grandes tesoros de libertad y quiere vivir todavía su magnífica grandeza para llevarlos a buen parto. Italia también anhela que perdure aún la hora europea para que puedan madurar los frutos de su pujante renacimiento. Rusia, que espiritualmente comienza a ser una potencia europea, lucha heroicamente porque Europa no sucumba en la crisis o salga de ella en estado de descomposición y decadencia. La Europa sana hará un esfuerzo sobrehumano para extirpar el tumor que amenaza su existencia. Todo es preferible, incluso la muerte por la vida, antes que

transigir con un nuevo estado de cosas en que la vida europea sea una muerte lenta.

Los aliados sacrificarán el último hombre y hasta el último franco con tal de abatir, de un modo u otro, el poderío militar de Alemania, porque una paz indecisa sería mortal para toda Europa. Acaso el mismo pueblo alemán vea a la postre que sus intereses, como miembro de la familia europea, amenazados de disgregación si la guerra no termina de manera decisiva, están asociados a la derrota del régimen de autocracia que impera en Alemania. Una revolución eliminaría espontáneamente el maligno tumor.

Es, pues, Europa entera, sin excluir a los neutrales y no sólo unos u otros beligerantes, la que está empeñada en una lucha de vida o muerte. Toda Europa, incluso la misma Alemania, está interesada en una inequívoca derrota de la autocracia germánica. Otra cosa significaría que la civilización europea comenzaba a decaer. Y esto, por ahora, no puede convenirle a la misma América. Una emigración excesiva y desordenada de hombres, huyendo aterrada-mente ante la idea de una nueva guerra

européa, no sería provechosa para el continente americano. Toda evolución progresiva requiere su tiempo y su compás. Funesta es la batalla de hombres para el desarrollo de un país; pero el exceso repentino puede engendrar violentas conmociones. Parece fatal que América sea la heredera de Europa; sin embargo, este proceso ha de ser gradual para que la herencia no abrume y desquicie. He aquí cómo en suma, también América debía estar profundamente interesada en el triunfo de Europa sobre sí misma, no sólo por afinidades ideales, sino también por ley de su propio desenvolvimiento.

LUIS ARAQUISTAIN

(*América Latina*. París.)

La verdadera originalidad

A mí me parece que la causa de que nuestros intelectuales no traten asuntos de interés mundial consiste, en parte, en que se afanan demasiado en buscar temas nuevos. Con ello se olvidan de que la verdadera originalidad no consiste en querer introducir motivos nuevos en la conciencia humana, sino en tratar originalmente, esto es, espontáneamente, los motivos eternos, que son esencialmente inagotables. Y basta nutrir el espíritu de los clásicos universales—que no son los de cada nación, sino los comunes a todas las naciones—para que sus temas se hagan, naturalmente, nuestros temas. No crean nuestros escritores que la elección de asuntos es cosa baladí y que lo importante es el estilo. Nadie lee hoy ninguna de las 120 novelas de Jorge Sand. Y era el mejor escritor de su tiempo: “la vaca lechera del bello estilo”, la llamó Nietzsche. Pero dentro de cien años se seguirá leyendo a Ibsen. Lo que interesaba hace 2.300 años a los clásicos de Atenas y Jerusalén, seguirá interesando al mundo dentro de 1.000 años.

Y también puedo dar un buen consejo a los lectores, si es que les atañe la gloria e influencia de las letras españolas. Presten su apoyo enérgico a los escritores que les hablen de lo que a ellos les interese, y no de lo que sólo les distraiga. Cuando el tema de un escrito sea fundamental para su propia vida individual, es porque se hallan ante un tema universal, a menos que no se trate de quitar o poner a un ministro, de quien esperan un destino. Y si aplicando este criterio dan su apoyo a los escritores de lo interesante, contribuyen a que la patria literatura se haga también interesante.

RAMIRO DE MAEZTU.

Plegaria

Que hice sobre la Acrópolis cuando llegué a
comprender su perfecta belleza.

OH nobleza! Oh belleza sencilla y verdadera! Diosa cuyo culto significa razón y sabiduría, tú cuyo templo es una lección eterna de conciencia y de sinceridad, tarde llego al umbral de tus misterios; traigo a tu altar muchos remordimientos. Para hallarte han sido menester desvelos infinitos. La iniciación que tú concedías al ateniense, al nacer, con una sonrisa, yo la he conquistado a fuerza de reflexión, al precio de largos esfuerzos.

Yo nací, diosa de los ojos azules, de padres bárbaros, entre los Cimerios buenos y virtuosos, que habitan a la orilla de un mar sombrío, de rocas escarpadas, batidas siempre por las tormentas. Allí apenas se conoce el sol; las flores son los musgos marinos, las algas y las conchas multicolores que se encuentran en el fondo de las bahías solitarias. Allí las nubes parecen sin color, y la misma alegría es algo triste; pero allí manan de las rocas fuentes de agua fría y los ojos de las jóvenes se asemejan a esas verdes fuentes donde, sobre fondos de hierbas onduladas, se mira el cielo.

Mis padres, tan atrás cuanto podemos remontarnos, vivían consagrados a las navegaciones remotas, por mares que ignoraron los argonautas. Yo oí, cuando era niño, las canciones de los viajes polares; fuí arrullado al recuerdo de los témpanos flotantes, de los piélagos brumosos y blancos como la leche, de las islas pobladas de aves que cantaban a sus horas, y que, alzando el vuelo en banda, oscurecían el cielo.

Fuí educado por sacerdotes de un culto extraño, salido de los sirios de Palestina. Ellos eran sabios y santos. Me enseñaron las largas historias de Cronos, que creó el mundo, y de su hijo que, se dice, hizo un viaje a la tierra. Sus templos son tres veces más altos que el tuyo, oh Euritmia! y parecen florestas, pero no son sólidos y se derrumban al cabo de quinientos o seiscientos años. Son fantasías de bárbaros que imaginan que se puede hacer bien algo fuera de las reglas que tú trazas a tus inspirados, oh Razón! Pero estos templos me agradaban; yo no había estudiado tu arte divino, y en ellos encontré a Dios. Allí cantaban himnos de los cuales me acuerdo aún: "Salve, estrella del mar.... reina de los que gimen en este valle de lágrimas", o bien: "Rosa mística, Torre de marfil, Casa de oro, Estrella matutina...." Escucha diosa, cuando me acuerdo de esos cánticos, se derrite mi corazón y casi me torno apóstata. Perdóname esta ridiculez; tú no puedes figurarte el encan-

to de que los magos bárbaros han impregnado esos versos y el dolor con que sigo tras la razón desnuda

Y luégo, si supieras cuán difícil ha llegado a ser servirte! Toda nobleza ha desaparecido. Los escitas han conquistado el mundo. Ya no hay república de hombres libres; sólo quedan reyes hijos de sangre impura, majestades que te harían reir. Cargantes hiperbóreos llaman ligeros a los que te sirven... Una pambeocia terrible, una liga de todas las tonterías, extiende sobre el mundo una plancha de plomo bajo la cual nos asfixiamos. Aún para aquellos que te honran, cuánta piedad debes tener! Te acuerdas de aquel caledonio que, hace cincuenta años, rompió tu templo a golpes de martillo para transportarlo a Tule? Así proceden todos.... Yo escribí, según algunas de las reglas que tú amas, oh Teonea, la vida del joven dios a quien serví en mi infancia, y me tratan como a un Evhemero; me escriben para preguntarme qué objeto me propuse. Ellos no estiman sino lo que sirve para hacer fructificar sus bolsas de mercaderes. Y para qué se escribe la vida de los dioses, oh Cielo! si no es para hacer amar lo divino que hubo en ellos, y para demostrar que eso divino vive aún y vivirá eternamente en el corazón de la humanidad?

Recuerdas aquel día, bajo el arcontado de Dionisodoro, en que un chiquito y feo judío, que hablaba el griego de los sirios, vino aquí,

recorrió tus pórticos sin comprenderte, leyó tus inscripciones al revés y creyó encontrar en tu recinto un altar dedicado a un dios que sería *el dios desconocido*? Pues bien, aquel judío ha triunfado; durante mil años te han llamado ídolo, oh Verdad! durante mil años el mundo ha sido un desierto en el que no germinaba una flor. Durante ese tiempo tú te callaste, oh Salpinge! clarín del pensamiento. Diosa del orden, imagen de la estabilidad celeste, éramos culpables por amarte, y hoy que, a fuerza de concienzuda labor, hemos logrado aproximarnos a ti, nos acusan de haber cometido un crimen contra el espíritu humano al destrozarse cadenas que ignoró Platón.

Tú sola eres joven, oh Cora! Tú sola eres pura, oh Virgen! Tú sola eres sana, oh Higia! Tú sola eres fuerte, oh Victoria! Tú guardas las ciudades, oh Promacos! Tú tienes lo que debes tener de Marte, oh Area! La paz es tu fin, oh Pacífica! Legisladora, fuente de las constituciones justas; Democracia, tú cuyo dogma fundamental es que todo bien viene del pueblo, y que, donde no hay pueblo para nutrir e inspirar al genio, no hay nada, enseñanos a extraer el diamante de las muchedumbres impuras. Providencia de Júpiter, obrera divina, madre de toda industria, protectora del trabajo, oh Erganea! tú que haces la nobleza del trabajador civilizado y le pones tan por encima del escita perezoso; Sabiduría, tú

que Zeus engendró después de haberse reconcentrado sobre sí mismo, después de haber respirado profundamente; tú que habitas en tu padre, completamente unida a su esencia; tú que eres su compañera y su conciencia; Energía de Zeus, chispa que enciende y mantiene el fuego en los héroes y en los hombres de genio, haz de nosotros espiritualistas cumplidos. El día en que los atenienses y los rodios lucharon por el sacrificio, tú preferiste habitar con los atenienses por ser más sabios. Tu padre, sin embargo, hizo descender a Plutón en una nube de oro sobre la ciudad de los rodios, porque ellos también habían rendido homenaje a su hija. Los rodios fueron ricos, pero los atenienses tuvieron el ingenio, es decir, la verdadera alegría, la eterna alegría, la divina infancia del corazón.

El mundo no se salvará sino volviendo a ti, repudiando sus ligaduras bárbaras. Corramos, acudamos en tropel. Qué bello día aquel en que todas las ciudades que han recogido despojos de tu templo, Venecia, París, Londres, Copenhague, repararán sus robos, formarán teorías sagradas para restituir los despojos que poseen, diciendo: "Perdónamos, diosa! era para salvarlos de los malos genios de la noche" y reedificarán tus muros al són de la flauta, para expiar el crimen del infame Lisandro! Después irán a Esparta a maldecir el suelo donde fue aquella maestra de errores sombríos, y a insultarla porque ya no existe.

Firme en tí, yo resistiré a mis fatales consejeros; a mi esceptismo que me hace dudar del pueblo; a mi inquietud de espíritu que, cuando he hallado la verdad, me la hace buscar siempre; a mi fantasía que, después de que la razón se ha impuesto, me impide sosegar me. Oh Arqueta! ideal que el genio encarna en sus obras maestras, yo prefiero ser el último en tu casa que el primero fuera. Sí, yo me asiré al estilobato de tu templo; olvidaré toda disciplina que no sea la tuya, me haré estilista sobre tus columnas, mi celda estará sobre tu arquitec. Y aún algo más difícil! por tí me haré, si puedo, intolerante, parcial. Sólo a tí amaré. Yo voy a aprender tu lengua y a desaprender todo lo demás. Seré injusto con el que no te pertenezca; me haré el servidor del último de tus hijos. Los habitantes actuales de la tierra que tú diste a Erecteo, yo los exaltaré y los ensalzaré y trataré de amar hasta sus defectos; yo me persuadiré, oh Hípiá! que descenden de los caballeros que celebraron allá arriba, sobre el mármol de tu friso, su fiesta eterna. Yo arrancaré de mi corazón toda fibra que no sea razón y arte puro. Dejaré de amar mis enfermedades, y de complacerme en mi fiebre. Sostén mi firme propósito, oh Salutaria! Acórreme, oh tú que salvas!

Cuántas dificultades, en efecto, preveo! Cuántos hábitos espirituales tendré que cambiar! Cuántos recuerdos hechiceros deberé arrancar de mi corazón. Ensayaré, más no me

siento seguro de mí mismo. Tarde te he conocido, belleza perfecta. Yo sufriré vacilaciones-debilidades. Una filosofía, perversa, sin duda, me ha hecho creer que el bien y el mal, el placer y el dolor, lo bello y lo feo, la razón y la locura se transforman los unos en los otros por matices tan indiscernibles como los del cuello de la paloma. No amar nada, no odiar nada absolutamente, llega a ser sabiduría. Si una sociedad, si una filosofía, si una religión hubiera poseído la verdad absoluta, esa sociedad, esa filosofía, esa religión habría vencido las demás y viviría sola en la hora presente. Todos los que hasta hoy han creído tener razón se han engañado; claramente lo vemos. ¿Podemos nosotros sin loca presunción creer que el porvenir no nos juzgará como nosotros juzgamos el pasado? He ahí las blasfemias que me sugiere mi espíritu profundamente relajado. Una literatura que, como la tuya, fuera sana del todo no excitaría ahora más que el tedio.

Tú sonríes de mi ingenuidad. Sí, el tedio..... Estamos corrompidos, qué hacer! Ire más lejos, diosa ortodoxa, yo te diré la depravación íntima de mi corazón. Razón y buen sentido no bastan. Hay poesía en el Estrimón helado y en la embriaguez del tracio. Vendrán siglos en que tus discípulos pasarán por los discípulos del tedio. El mundo es más grande de lo que tú crees. Si tú hubieras visto las nieves del polo y los misterios del cielo austral, tu fren-

te, oh diosa siempre serena, no sería tan apacible; tu cabeza, más grande, abrazaría diversos géneros de belleza.

Tú eres verdadera, pura, perfecta; tu mármol no tiene mancha, pero el templo de Hagia Sofía, que está en Bizancio, produce también un efecto divino con sus ladrillos y su yeso. El es la imagen de la bóveda del cielo. El se derrumbará, pero si tu cela fuera tan grande que pudiera contener una multitud, se derrumbaría también.

Un inmenso río de olvido nos arrastra en un abismo sin nombre. Oh abismo, tú eres el dios único! Las lágrimas de todos los pueblos son verdaderas lágrimas; los sueños de todos los sabios encierran una parte de verdad. Todo es aquí en el mundo símbolo y sueño. Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe ser jamás una cadena. Queda uno en paz con ella cuando la ha envuelto cuidadosamente en el sudario de púrpura en donde duermen los dioses muertos.

ERNESTO RENAN

(Traducción de Cornelio Hispano.)

(*El Gráfico*. Bogotá. Colombia.)

El milagro de los claveles

TODO lo vió el Hermano cuando, con un indígena desfallecido iba, a la media noche, para el hospital que acababa de fundar; y hubo horror en sus ojos y hielo de pavora en su corazón. Un breve relámpago de espada, un cuerpo de hombre que caía en brazos culpables, un grito que rasgó la tiniebla como una puñalada....

Garrida y noble ella; galán él. Un padre colonial, con puntillos de honor, rectilíneo, como un trueno la voz, la mano en el puño del acero, tal cual lo pedían la perilla hidalga y el bigote entrecano, quemado por los heroicos soles de Flandes. Esa noche les sorprendió; y la estocada rompió a la vez una vida y un beso.

Nada supo la autoridad, porque el cadáver fué enterrado a prisa por la servidumbre, en un campo cercano; pero ella sí lo supo, enloquecida, al volver del desmayo; y en sollozos gemía cuando llegó la orden implacable que la arrojaba a la calle....

En la casuca humilde, el hermano Pedro ponía bálsamo en las llagas de sus enfermos, — llagas

que para él eran como rojas flores de su místico jardín. Todo lleno de aromas del campo estaba el patio, pequeño como un pañuelo, ardiente de sol. La salutación de los vecinos franciscanos ponía melódica pureza en el luminoso amanecer. Y el Hermano tenía para los indígenas doloridos, palabras más suaves que el bálsamo; y pensaba, al componer la almohada de éste o al llevar agua en el tinajo para la sed de aquél,—que el Señor Dios se dignaba bendecir su obra y ungía sus manos piadosas y su espíritu, que era santo en fuerza de ser ingenuo.

Resonó una aldabonazo imperioso. Y al abrir, se presentó ella, lívida, alborotada la cabellera como por un ráfaga de locura, empurpurado el delantal de batista con la sangre adorada.... Se arrojó a los pies del Siervo de Jesús, que la reconoció y rememoró el nocturno paso de tragedia; y se sintió henchido de una misericordia infinita. Ella le dijo su pena de una sola vez.

Pensaba dedicarse a la plegaria en un convento, el resto de su vida, miserable ya: llevar su casco roto y su arboladura deshecha al puerto de salvación. Pero antes quería visitar la tumba del bien amado y llevarle siquiera una ofrenda de flores. Y como estaba tan desamparada, sin un maravedí y pronto la ciudad sería un hervor de comentarios, acudía a él, al varón justo, para que la ayudase.

No vaciló el hermano Pedro: nunca vacilara para el bien. Levantándola preguntó por la sepultura. Pensó ella que iban a pasar a algún puesto de flores; pero el firme andar del Hermano los dejó atrás. Y ante la mirada interrogadora, le dijo:

—Sígueme, que esto es por voluntad del Señor.

Llegaron al campo inculto, al pié del monte, que vestía con el ardor de la mañana. Ella cayó de rodillas y bañó con lágrimas la tierra removida; y el hermano Pedro se puso en oración. Y fué el milagro, porque el delantal con que ella se cubría los ojos se colmó de claveles en que se convertía la sangre del muerto, y que cayeron desbordados, en lluvia silenciosa sobre la tumba....

JOSE RODRIGUEZ CERNA

(*Esfinge*. Tegucigalpa.)

El mejor disfraz

Bajo el sol la pedrera rebrillaba. Era como una gris escarapela en medio de la greña tostada que vestía la desnudez veraniega de los cerros. Abajo, entre la pedrería desmoronada, rota, algunos ranchos se disputaban los palmos de tierra plana para erguir su miseria, en virtud de un tácito, convenio, por el cual sus moradores, ayudarían a agrandar la llaga, la escarapela a su dueño don Melchor Quiñones, quien ya sin otros bienes de fortuna sino la dicha roca, se armara de un pico y una chompa, para extraer el sustento cotidiano a la prole que pródiga le circundaba.

La pedrera parecía arder bajo el sol, un solazo de estío. Un ruido seco, monótono, la fabla del hierro con la piedra, repercutía doliente en la desolación de los contornos.

Arriba, en la escarapela, haciéndose mayor en la diafanidad del aire, la silueta de un hombre se dibujaba. Y era el hombre arrogante y varonil a pesar de su madurez cincuentona y de las prematuras arrugas que surcaban hondo, su tez dorada por los resoles. Su traje estrafalario prestábale un aspecto raro, estrambótico. Vestía calzones de

pañó militar rojo, viejos y estropeados y sobre una guardacamisa mugrienta un paltolevita negro de luengos faldones. La cabeza cubrÍala un pañuelo o tapajo de colores vivos, sujeto tras la nuca con un nudo del cual se desprendÍan unos como cintajos chillones. El hombre golpeaba con la chompa la piedra viva. A ratos como para tomar alientos se enderezaba y volvía el busto enérgico y arrogante y su silueta estrafalaria se delineaba en el vacío, en la soledad de los cerros. Ningún pensamiento torturante parecía saltar bajo la amplitud bondadosa de la frente, ni ningún encono mordiscar bajo la arcada caja del pecho. Su mirada se deslizaba tranquila por los contornos y lejanías. Aparentaba su ánimo poseer la apacible conformidad de los que esperan confiados y candorosos en el acaso, en la volubilidad del destino.

La chompa golpeaba a veces presurosa y tenaz, como que si un tropel de necesidades aguijara el brazo de don Melchor Quiñones. La chompa era la que hablaba y decía de la miseria, desamparo y ruina, en la cual cayése don Melchor, no obstante el esfuerzo opuesto al derrumbe. Todo por qué ley, por qué motivo, no sabía distinguir-lo con claridad palmaria la chompa, pero sí estaba convencida de que fuera necesaria y fatal consecuencia de la confabulación de los nuevos elementos e intereses, al dislocarse las unidades colo-

niales, por que todo cambio o nuevo rumbo de una sociedad o civilización, encierra en sí todos los trastornos y desquiciamientos de una colosal derrota.

Ese era el hueso de la historia, que vestían las calladas amarguras, de quien no quiere ceder sino tras luengo y desesperado forcejeo. Acosado, Quiñones ampárase en aquel cerro realengo, valiéndose de ilusorios derechos coloniales, de cuando los suyos contaban en su mayorazgo dilatados valles y villas y casales. Allí, escondido, en un ranchón improvisado a las faldas del cerro, que bautizó "Monte Parnaso," sobrelleva con entereza sus penas y araña que araña la piedra, arráncale el escuálido sustento con la orgullosa conformidad de un cristiano viejo y bien nacido.

Cuando compromisos sociales o urgencias de la vida le empujan hacia la ciudad, don Melchor Quiñones se transforma como que si recobrara todos sus fueros al echarse encima la gastada indumentaria de los buenos tiempos. Altivo, sin arrogancia pueril, guarda intacta la caballeridad de cuantos le precedieron en el arraigo. Sálenle al encuentro los amigos y no olfatean necesidades ni miserias. A fuerza de afabilidad y de soltura guarda las apariencias, consérvase don Melchor Quiñones. No sabe lamentarse. El implorar le es valla invencible. Desconoce los procedimientos acróbatas, los descoyuntamientos verte-

brales, es un hombre de una sola pieza, fuerte, sólida, capaz de asaltar, pero no de ovillarse como can hecho a la servidumbre. Cuando indiscretos le inquietan acerca de su alejamiento, habla con calma de su retiro voluntario al "Monte Parnaso", una cosa misteriosa, la cual, nadie sabe dónde se encuentra, ni para lo que sirve ni vale, pero donde él trata de rehacer su fortuna o ampararse del desastre. Don Melchor, como muchos otros, es solo una sombra, la sombra de los muertos, porque existen extraños seres, con los cuales a diario nos codeamos, que sólo son sombras vanas, proyección de esperanzas y energías soterradas, en asecho de una nueva reencarnación a la hora propicia de los resurgimientos.

Ya iban para tres los días con aquel martes de carnestolendas, que la chompa golpeaba, golpeaba sin cesar en un loco afán de ganar tiempo. Día y noche don Melchor Quiñones, mientras los otros andaban de mojigangas, transformados en mamarrachos, turistas, bailarines e invertidos, hería la roca por preparar trabajo rendidor, impulsado por los crueles y silenciados aprietos del calamitoso hogar, en la absoluta carencia de cuanto pueda engañar una larga e hiposa agonía.

A ratos Don Melchor interrumpía el trabajo, vencido por la contracción tenaz del esfuerzo. Se enderezaba, echaba hacia atrás los hombros, tomaba aire y volvía bajo el esplendor del sol a la

miserable faena, como que si con el mecánico golpeo, ahuyentara las penas, aletargara el pensar. Pero el roer de las penas y el aletear de los pensamientos, no conocían tregua apesar de la aparente confianza en sí mismo, que la optimista expresión del semblante divulgaba. Don Melchor estaba lleno, rebosaba amarguras infinitas, solicitado de continuo por atormentadoras ideas, en la burla perenne que el destino hacía de sus más triviales esperanzas. A sus años, errado había por todos los caminos, llamado a todas las puertas con golpes claros y precisos, pero en balde, que existía en él un algo que lo extravió siempre, algo que estaba en él mismo, en su órbita, en su médula, algo que no había podido vencer ni la asidua perseverancia ni la varonil energía

La pedrera ardía. La chompa golpeaba. Un niño escuálido subía por un sendero movedizo hacia la bruñida escarapela. Cuando estuvo cerca, gritó:

—Qué dejes eso papá! Qué cuándo vienes almorzar?

La fabla del hierro con la piedra repercutía doliente en la desolación de los contornos.

El niño continuó subiendo, subiendo. Hundíanse los pies en los cascajos y subía, subía jadeando. Voceó:

—Papá, papá. Ya nosotros almorzamos!

La chompa golpeaba impertérrita, con sonido sordo, seco y profundo.

El rapaz, alcanzó la cima. Su vocecita jadeosa se dejó oír:

—Son las tres. Ven, ven a almorzar.

Don Melchor sonrió sorprendido. El niño asomaba en la pendiente su cabecita rubia, pero la chompa no se detuvo.

Se impacientaba el rapaz. Era monótono el trabajo. El sol era candela. No había dónde guarecerse. Hasta los dientes de la roca echaban chispas. Era la aridez absoluta del cascajo y la calisa.

El niño buscaba la sombra de Don Melchor.

—¿Hasta cuándo, hasta cuándo, papá?

Don Melchor por distraerle:

—Este es el último barreno. No ves, lo ataco! Ahora la mecha. Acerca la ceba.

El niño:

—¡Ay! ¡ay! ¡qué sol!

Don Melchor arreglando las mechas:

—Uno, dos, tres.

El niño:

—Déjalos, déjalos papá.

Don Melchor:

—Ya estamos, ves! Ahora te vas corriendo, corriendo. Cuidado con caer.

El niño:

—Contigo me voy.

Don Melchor:

—¿Estás loco? Voy a dar fuego a las mechas,

El niño, rehacio:

—Me quedo contigo.

Don Melchor, encaminando al niño por la vereda:

—Corre que te alcanzo. Me esperas allá abajo.

¡Anda!

El niño:

—¿Tú vienes?

Don Melchor:

—Prendo las mechas y te alcanzo.

El rapaz se aleja saltando. A veces se hunde hasta las rodillas en los cascajos. Se vuelve y ríe. Don Melchor le hace señas para que se aleje cada vez más. El niño camina con lentitud, ora se detiene, ora se aleja revoloteando en la vereda como mariposa en prado florido. Don Melchor impaciente sigue su descender caprichoso. El niño se ha perdido con los matorrales, ya no se le distingue. Don Melchor aún en la punta de los pies atalaya. Ni sombra de rapaz. Nada, nada; el barranco, la soledad, el sol.

Don Melchor da la espalda al barranco y examina las cebas. Dialoga interiormente:

—Tres son, tres los barrenos que se llevaron tres días. Mañana habrá lajas, lajas para toda la semana. Sonríe satisfecho. A chupados hondos aviva el tizón de su tabaco. Las cebas están bien

calculadas, le darán tiempo para ponerse en salvo. Se inclina y enciende las mechas. Se aleja con lentitud, después a zancadas, luego corre y se vuelve tratando de achatarse sobre el sendero. Han de estallar pronto. Los calzones rojos llamean. Los cintajos del trapojo se baten como alas. Desciende, descende. Se detiene. El rapaz le ha salido al encuentro. No hay tiempo para increpar. Corren juntos. El sendero es estrecho. Don Melchor le estimula:

—Corre, corre, corazón, corre, hijo.

Enorme, enorme, en un solo estallido revientan las minas. Corren bajo una lluvia de cascajos y una laja pasa silbando como una flecha. Los golpean los pedruscos. El rapaz se detiene indeciso como si el sendero se borrara a sus ojos. Cúbrelo con su cuerpo don Melchor. Un soplo ardiente le hace volver hacia atrás. Inmensa, chamuscada, candente, una piedra como una ráfaga pasa por encima de su hombro. El niño rueda, rueda cerro abajo. La piedra le aplastó el cráneo.

Suspenso, en alto los brazos, don Melchor semeja un gigante. Ciego, se precipita por la ladera que huye bajo los pies, en un rodar de piedras. Dentro los cariaquiales del barranco alzó a su hijo. Corre, corre. Sobre su hombro la cabeza del rapaz se agita, bambolea desangrándose.

En el ranchón del "Monte Parnaso" no hay

bálsamo, no hay hilas. Don Melchor en su traje estrafalario corre, corre.

Las primeras callejas de la ciudad, contrahechas, torcidas, jorobadas, están ahí. La botica no anda lejos. Ya se distingue la alameda parroquial.

En plena fiebre de carnestolendas la calle rebosa. La llenan los carruajes, los autos y peatones. Las serpentinas se cruzan y engarzan en los balaústres. Los Golfos ruedan en el arroyo. Se disputan a puñetazos las baratijas. En su vano empeño por alcanzar la suprema imbecilidad, por todas partes mete su nariz pintarrajeada, la numerosa y varia prosapia del hazmereir. Don Melchor, corre, salta, empuja, golpea. La chusma corre tras él, ansiosa, alborotada. Ya llega. Le ahoga el jadeo: don Melchor se agarra a las puertas de la botica. Intenta hablar, no puede y extiende hacia el farmaceuta la mano crispada en medio de la muchedumbre que le envuelve y arropa

El farmaceuta al primer golpe de vista:

—¡Extraordinario, extraordinario, el mejor disfraz!

Un Bachiller que se apertrecha con aguas de olor:

—Un girondino.

Los golfos:

—Un girondino. Un girondino.

Don Melchor:

—¡Mi hijo!

El farmaceuta al Bachiller:

—Tiene un lejos Mirandino.

El Bachiller:

—El año terrible.

Don Melchor:

—Muerto. El médico.

El Bachiller:

—La santa guillotina.

El farmaceuta:

—Lo que debe solicitar es un amolador.

El Bachiller:

—¿Está roma la cuchilla?

Don Melchor iracundo:

—¡ Imbéciles !

Los golfos:

—El girondino.

Don Melchor avanza hacia la multitud:

—¡ Un médico !

Los golfos:

—Un girondino.

Don Melchor como enloquecido:

--Malditos, malditos. Mi hijo, mi destino sea,
se...

Don Melchor se detiene. Su mirar es vago, alocado. De pronto sus ojos desmesuradamente abiertos se vuelven hacia él, hacia su persona estafalaria y rota.

La chusma vocea:

—El girondino !

Don Melchor corre, corre hacia la pedrera.

El Bachiller:

—¡ Qué tipazo !

El farmaceuta;

—¡ El mejor disfraz !

LUIS URBANEJA ACHELPOHL.

Caracas, 1916.

(La Revista.)

Los grandes líricos alemanes contemporáneos

EN la época en que se inició el movimiento naturalista en la literatura alemana, precursor de toda la corriente de renovación literaria moderna, escribía Federico Nietzsche: "Ha querido el destino que yo tenga la mala suerte de ser contemporáneo de un agotamiento del espíritu alemán, de una pobreza que inspira piedad". El viejo romanticismo germánico, redivivo en las instituciones tradicionales, en el régimen feudal que Napoleón fué el primero en combatir, y la lenta pero segura prusianización tedesca, no hacían más que contribuir a mantener un sistema político caduco que coartaba el desenvolvimiento de las instituciones y repercutía en el ambiente de los cenáculos artísticos: la ausencia de libertad, de amplia iniciativa, de cosmopolitismo, manifestábanse en los versos mediocres de un Platen y de un Heyse; en las estrofas prosaicas de un Teodoro Storm, de un Conrado Fernando Meyer y de un Teodoro Fontane.

Si el primer cuarto del siglo diecinueve había sido una brillante realización ideal literaria, los años que le siguieron fueron estériles en bellas cosechas: uno que otro fuerte espíritu aislado, como robles en medio de una árida llanura, no lograron constituir una nueva selva como en los brillantes años del apogeo

de Goethe y Schiller, cuando toda una generación altísima sublimó las más bellas aspiraciones tudescas en las flores magníficas de centenares de obras inmortales. Felizmente, y aunque algunos años antes, en medio de esa generación que se iniciaba, alzaronse tal dos cipreses sagrados, las enormes presencias de Hebbel, el poeta de "Judit" y de la magnífica trilogía "Los Nibelungos", creador genial que ha resucitado en el teatro moderno el amplio espíritu de los maestros griegos; y Moerike, cuyo canto resuena como una voz aislada y magnífica en medio de la vulgaridad ambiente de su tiempo. Con sobrada razón ha dicho uno de sus amigos que si este lírico toma un puñado de tierra entre sus manos y lo moldea un poco, bien pronto se transforma en un pájaro que bate sus alas y echa a volar. En los versos de Moerike ha reencarnado el espíritu de Goethe: tal es la pureza de su canto, tal la admirable limpidez de su arte, tal la amplia armonía de sus poemas transparentes; baladas dulces, suaves, armoniosas: urnas de cristal a través de las que se ve un corazón que sangra y un espíritu eternamente inquieto. A veces se diría que este poeta es como un niño que vive maravillado ante el milagro de la vida y de la naturaleza.

Después de la guerra del 70, la embriaguez del triunfo ahoga todas las voces: los estruendos patrioterros acallan los ecos más puros

que se insinúan en medio del vértigo de la nación que resucita, así el gigante de la saga que ha reunido todos sus miembros tras el combate y se prepara nuevamente para la lucha. Gottfried Keller canta y nadie le escucha: no parece sino que aquel momento de bronce, de arrastrar de cañones y trotar de caballerías reclamase a un poeta pindárico, hueco y sonajero. Y ese poeta ha nacido en un oficial del ejército prusiano que ha hecho la campaña del setenta y tiene ante sus ojos el sueño triunfal de las grandes batallas. Liliencron es, a pesar de su patriotismo insopor- table, un curioso poeta de transición, rico en consonantes, imaginativo y declamador: un Víctor Hugo en miniatura; un rincón de aquella enorme selva lírica de donde nació "La Leyenda de los Siglos". Detleve de Liliencron marca una etapa singular en la poesía lírica alemana: cuando se inicia el movimiento naturalista, ya él es un precursor; canta a la vida, las luchas cotidianas, las emociones fuertes, los grandes deslumbramientos de la energía. Por eso amaba la existencia militar que le permitió vivir el peligro del instante, desafiando al destino y a la muerte; por eso también gustaba de la caza y hubiera querido que todos los poetas, como Shakespeare y Turgueneff, se dieran a ella. En las noches cruza Liliencron los campos, se alegra ante las campañas, asiste a la epopeya del trabajo diario, ensalza el triunfo de la locomotora, trueca la

espada por la azada; es, en fin, un poeta multiforme, variado, rico, sonoro, original, que anuncia en sus versos el cambio total que en la poesía lírica tudesca ha de venir tras él. Su influencia entre la joven generación literaria alemana es precursora para quienes bien pronto han de gustar del Walt Whitman y de Verhaeren.

Las obras de Tolstoy y de Dostoiewsky, de Ibsen y de Zola, impulsan definitivamente el movimiento naturalista que se manifiesta de un golpe en el teatro de Hauptman, de Suderman, de Halbe y en todo el despertar que promueve la Escena Libre de Berlín. A partir desde ese instante, la influencia estética modernista va en aumento ascendente, que nada ha de malograr; en el primer número de la revista editada por la Escena Libre se leían estas palabras: "El derecho del nuevo arte está contenido en un solo concepto: este concepto es *verdad*". Hermann Conrad habla también de la nueva tendencia, de la poesía libre de toda convención, "que no ha de inspirarse más que en lo verdadero, en lo natural, en lo primitivo"; que habla directamente al corazón.

Al desenvolvimiento gigantesco industrial de Alemania debe corresponder un arte nuevo: una poesía que sublime la energía, el esfuerzo del trabajo, la audacia de la vida: "Nuestro mundo ha dejado de ser romántico—escribe Arno Holz—. Nuestro mundo es

tan solo moderno". El primer libro de este poeta es un libro lírico de abierta índole social; en "El Libro del Tiempo" se escucha el resonar de los martillos; se anuncia la gesta del trabajo y se siente la miseria que crea la desigualdad social. Pero no será esta obra sino sus libros futuros los que afirmen la excelencia de su personalidad lírica: "Phantasus" y "Dafnis", serie de esbozos del siglo diecisiete, prueban cuanto se ha alejado de sus fieros arrestos iniciales. Antaño cantaba: "Tan lejos como la vista alcanza, se ven nada más que los trigos, tal si fuesen hombres que aguardaren la madurez" (1). Sólo concibe al poeta moderno que participe de las inquietudes de su tiempo:

Modern sei der Poet,
Modern vom Scheitel bis zum Sohle.

Hoy la poesía de Holz se ha tornado refinadamente cosmopolita, y parece el poeta haber olvidado ese su lema tras el cual riñó sus mejores luchas por el naturalismo: "Que el arte y la naturaleza sean tan sólo una cosa" (2).

También Schlaf, uno de los primeros teorizantes del naturalismo, se alejó de su punto inicial de partida y, siguiendo la orientación de Walt Whitman, cuya influencia ha sido definitiva en sus obras, se mantiene en un in-

(1) Sonst nichts, sowie der Blick auch schweifte...

(2) Kunst und Natur
Sei eines nur.

tenso aislamiento filosófico, contemplando la vida que pasa con serenidad y dulzura. Su individualismo es altamente interesante: racionalista en el fondo, concibe sus poemas con el espíritu de un catedrático que viviese en su tebaida ideal, totalmente desconsolado de todos los valores, pero ardoroso creyente de la vida. En su poemita *Otoño* leemos esta dulce nota final: "Así... mi cabeza en tus rodillas. ¡Qué dulce! ¡Cómo mi pupila parece dormirse en tu pupila! ¡Qué suaves siento deslizarse los minutos!" (1).

La fundación de una serie de publicaciones sucesivas dan vida definitiva al movimiento iniciado en la lírica: la "Deutsche Dichtung", "Die Gesellschaft", la "Neue Rundschau" y sobre todo "Die Insel", dirigida por Otto Julio Bierbaum, acogen a todos los nuevos portaliras. En "Die Gesellschaft", Bierbaum inicia una campaña cruda y activa en defensa del arte nuevo contra los rimadores adocenados y contra los que siguen la tradición de los antiguos poetas tudescos. Bierbaum es un buen poeta, pero antes que tal es menester considerarle como a uno de los que dieron mayor impulso al movimiento de renovación literaria en Alemania. El verso de Bierbaum es suave, correcto, con algo de parnasiano y de sentimental; su "Irrgarten der Liebe" es un bonito libro, sencillo, claro, aje-

(1) Sol Mein Kopf auf deinen Knien...

no a peligrosas bizzarrias verbales e ideológicas. A él se le atribuye la paternidad de una obra humorístico-crítica que en la literatura contemporánea tudesca tuvo un eco parecido al de "Le livre des Masques" de Remy de Gourmont, en Francia.

Una vez más, como antes había sucedido con el naturalismo, la influencia literaria cosmopolita acentuó definitivamente el movimiento de renovación lírica: sobre todo el simbolismo francés y los mejores poetas contemporáneos ingleses: norteamericanos e italianos: Baudelaire, cuyas "Flores del Mal" traduce Stephan George; Verlaine, que llega a ser popular en los cenáculos; Mallarmé, Jules Laforgue, Henri de Regnier, algunas de cuyas traducciones aparecen en la revista "Pan"; Wal Whitman, cuyas "Leaves of Gass" vierte al alemán Juan Schlaf después de haber leído los poemas del lírico americano en la traducción de Knortz y Rolleston; Maeterlinck, Verhaeren, D'Annunzio, que en Hugo de Hofmannsthal encuentra un seguidor. Pero es justo reclamar en este movimiento ascendente de renovación literaria un lugar muy alto para Federico Nietzsche. Cuando Brandes publica su ensayo sobre el ideológico de "Así hablaba Zarathustra", sus libros comienzan a ser buscados ávidamente, se le lee con interés profundo y su obra principia a transformar los sentimientos y las ideas de la nueva generación. Nietzsche ha sido, sin lugar a

duda, el mayor lírico nacido en Alemania en el último cuarto del siglo diecinueve. "Así hablaba Zarathustra" es un poema, un magnífico poema vaciado en diamantina prosa; sus imágenes, su vocabulario, la forma breve y luminosa de sus períodos, la espléndida belleza ideológica de sus creaciones, hacen de él un poeta admirable, un creador genial cuya influencia pesa sobre toda la literatura de fines de la pasada centuria y de comienzos de la presente. Claramente encontramos algo de Nietzsche en la fuerte individualidad de Ibsen, en los poemas y en las ideologías de Dehmel, en las sutiles disecciones morales de Remy Gourmont, en los poemas de Schlaf y en los dramas de Hauptmann. Nietzsche le da a la joven generación una doctrina fundada en el individualismo y hace además por la lengua alemana lo que no hicieron ni Goethe, ni Schiller, ni Moerike, ni Heine: esto es, poner a prueba con los más bellos equilibrios verbales toda su ductilidad armoniosa.

Como en Francia había acontecido con los parnasianos, Gauthier sobre todo, que proclamaron la doctrina estética del arte por el arte, en medio de los murientes estruendos del romanticismo, así también en Alemania bien pronto los que habían sido los corifeos del naturalismo se iban alejando poco a poco de los excesos de su escuela: mientras Hauptmann escribía "La ascunción de Hannele", un joven lírico fundaba la "Blätter für die Kunst",

en la que comienza a dar a conocer a los simbolistas franceses: Baudelaire y Mallarmé, Verlaine y Laforgue. Mientras los naturalistas querían hacer de sus obras reflejo de la vida múltiple y libre, Stephan George sólo buscaba el refinamiento morboso de lo exquisito: las sensaciones suaves y complicadas, los rebuscamientos satánicos del arte, los vocablos sugerentes y las ideas obsesoras. Su estética es ante todo individualista hasta más allá del bien y del mal; su literatura es enemiga de la democracia. El poeta vive encerrado en su *turris eburnea* y no escucha ni quiere oír los tumultos de la urbe civil. Vive para él en consonante consagración ideal, en eterna actitud misteriosa. Su aristocratismo es intransigente: desprecia las multitudes, odia las antologías, edita sus libros en ediciones lujosas, con caracteres especiales y papeles riquísimos.

Del cenáculo que presidía George hace algunos años, era uno de los más fieles concurrentes Hugo de Hofmannsthal, que más tarde se alejó del maestro para constituirse también en jefe de capilla. Hofmannsthal fué uno de los primeros más constantes colaboradores de la "Blätter für die Kunst". En el primer número de la revista escribía el autor de "Elektra": "Ella quiere que sea el arte algo puramente intelectual que se base sobre una nueva manera de expresión y de sensibilidad" Dicho manifiesto iba directamente enderezado contra el naturalismo, cuya vida comen-

zaba ya a arrastrarse con languidez. Formado cerca de George y bajo la influencia de los simbolistas, especialmente de Gabriel d'Annunzio, su obra acusa una transparente pureza: minucioso y artista, su estilo semeja un encaje sutil, tejido con hilillos de oro puro y en el que el poeta ha prendido sus emociones como un joyero una perla. Enamorado de lo exótico, casi todas sus obras son motivos arrancados a la historia y a la leyenda y estilizados a través del crisol de su sensibilidad. Como George, Hofmannsthal se refugia en el pasado, huyendo la vulgaridad presente, la vida actual, falta absoluta de interés para su arte: el Renacimiento, la antigua Grecia, el Oriente misterioso de las Mil y una Noches, le atraen con el canto enervante de un perfume rancio y lejano. Un símbolo del armonioso equilibrio de su poesía podrían ser aquellos versos de su pequeño poema *Ambos*: "Llevaba la copa en la mano; su barbilla y su boca semejábanse a su borde. Tan suave y seguro era su paso, que ni una gota se derramaba de la copa" (1). Oigamos, en cambio, este final de su *Vor-Frühling*, que denuncia la influencia cercanísima de las "Serres chaudes" de Maeterlinck: "Se ha escapado (habla el poeta del viento) por la flauta en un tembloroso grito; a la hora crepuscular ha volado lejos... ha pasado en el silencio, a través de la pieza ru-

(1) Sie trug den Becher in der Hand...

morosa y ha extinguido dulcemente la lumbre de la lámpara (2).

Suma y compendio de todo el lirismo tudesco actual es Ricardo Dehmel, cuya obra desencadenó tempestades en la opinión cuando dió a la estampa su libro "Mujer y Universo". Es el de Dehmel el temperamento más completo y vigoroso de la presente generación lírica germánica: fuerte, sensual, expresivo y originalísimo. No ha existido un lírico que, como Dehmel, haya comprendido e interpretado a Verlaine: sus traducciones del poeta de "Sagesse" son perfectas. Dehmel es en el fondo un naturalista doblado de un filósofo inquieto: contempla la vida, los seres, el amor universal y el amor humano, fuente sagrada de la vida. Su poema *Oración nocturna de la novia* es uno de sus mejores cantos, y da la medida de todo su ardoroso sensualismo. La amada invoca al amante porque su "soledad la incendia"; quiere estar cerca de él, beber sus fuerzas, fundirse con él en el fuego ardiente del amor: "Noche de ardiente deseo, mudo que atormentas, sueño terreno: ¡sol, sol! ¡Oh, mi amante, mi esposo!". Este poema, que aún sigue escandalizando a pacatos como el incomprensivo Muret, promovió más de una discusión violenta cuando Dehmel lo dió a la estampa. El libro "Las transformaciones de Venus" es un curioso poema erótico

(2) Er glitt durch mit Schweigen...

en la que presenta la alegoría venusina; todas las formas del sentimiento amoroso: Venus Bestia y Venus Creadora; Venus Perversa y Venus Primitiva. El amor abarca para el poeta el arco de la vida desde el nacimiento hasta la muerte misma en el símbolo fecundo.

Dehmel es un poeta total, un poeta completo como Walt Whitmann o el belga Verhaeren. Su canto abarca la vida entera en todas sus manifestaciones, desde sus orígenes hasta su evolución más elevada y abstracta. Hombre profundamente sincero, de carácter de hierro, ha hecho de su vida una tremante hoguera en la cual se funden todos los prejuicios y los convencionalismos todos. En 1899 separóse de su mujer con acuerdo de ella misma porque, según reza en su autobiografía, "un amor más fuerte me había cogido" (weil eine stärkere Liebe mich ergriff).

Los poemas de Ricardo Dehmel tienen, como la poesía de Verlaine, todo el encanto sugerente de las palabras que se pronuncian a media voz, en sordina, dejando que caigan sobre la sensibilidad como pétalos húmedos: he aquí la *Ciudad tranquila*, una ciudad silenciosa, dormida, que solo turba el canto de un niño: "Y a través del humo y de la niebla, se inició un canto suave que brotaba de la garganta de un niño" (1).

ARMANDO DONOSO

(*Los Días*. Santiago de Chile.)

(1)... und durch den Rauch und Nebel...

Federico Nietzsche

EL OTOÑO

He aquí el otoño que me hiere
con su espada de hielo el corazón.
¡ Aléjate ! Mi espíritu se muere
mientras el viento canta su canción.

El sol sube despacio sobre el monte,
descansa a cada paso en su ascensión ;
la esperanza ha huído ; el horizonte
es triste. Me duele el corazón.

El mundo se marchita... se marchita...
el arpa mustia suena su canción,
la canción del otoño que está escrita
sobre la nieve de un corazón.

Traducción de Wilhelm Keiper.

ECCE HOMO

¡ Verdad ! Yo no conozco mi origen—voraz como la llama—ardo y me consumo :—y cuanto toco se convierte en luz,—y lo que dejo no es más que carbón.—¡ Verdad ! ¡ soy como la llama !

Traducción de A. D.

ULTIMA VOLUNTAD

¡ Irse ! Verle morir como yo le ví un día,—a aquel amigo que fué luz—en mi oscura juventud.—Grave e inquieto era ; tal un danzador—en medio de una batalla :—entre los luchadores el más alegre ;—entre los gloriosos el más firme.—Fuerte, pensante, sereno—en la claridad de su destino.—Temboroso cerca de la victoria,—rebo-sante de alegría ante el presentimiento—de un triunfo ganado en el umbral de la muerte ;—dan-do órdenes en la agonía, cuando—lo que ordena-ba era su muerte.

¡ Ah ! ¡ Irse ! Verle morir como yo le ví un día—con el gesto de un vencedor.

Traducción de A. D.

Detlev de Liliencron

LA GOLONDRINA

Mecen al niño los maternos brazos ;
cruza el aire en ziszáz la golondrina.
Mayo ; ternura fiel de un ser al otro ;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Luchas del hombre ; sumisión o triunfo ;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Tres puñados de tierra sobre un féretro ;
cruza el aire en ziszáz la golondrina !

Traducción de E. Díez Canedo.

LA ISLA DE LA FELICIDAD

La luz brumea en el caliente establo
y en él dos vacas de reposo gozan.
Gallo y gallinas, a la prole atentos,
con prodigiosos desperdicios sueñan.

El zagal, en la hebilla de las calzas,
tierno cantar al hermanito silba.
Mozo, gallo y polluelos, descuidados
viven ante el raudal del Universo.

Traducción de E. Díez Canedo.

Oton Julio Bierbaum

SUEÑO EN EL CREPUSCULO

Praderas dilatadas, dulzura vespertina;
surgiendo estrellas van; el sol declina;
busco a la más hermosa, lejos, en los confines
de los prados, en esta dulzura vespertina;
voy por entre los setos de jazmines.

En la paz vespertina, por la tierra del amor,
camino sin cesar, no me apresuro;
suave lazo sedefío me retiene seguro,
en la paz vespertina, en las tierras del amor,
en un tibio, azulado resplandor.

Traducción de E. Díez Canedo.

Ricardo Dehmel

LA CIUDAD SILENCIOSA

Hay en el valle una ciudad.
Obscuro va quedando el día,
pronto en el cielo ya no habrá
luna ni estrellas; noche fría
tan sólo reinará.

Los montes al pueblo en la masa
cautivan de nieblas ingentes;
ni techo, ni patio, ni casa,
ni sonido el humo traspasa:
sólo, apenas, torres y puentes.

El caminante siente miedo:
pero, en el fondo, una sutil
lucecita brilla en las nieblas
y un canto de alabanza, quedo,
sale de una boca infantil.

Traducción de E. Díez Canedo.

NOCHE EVOCADORA

Mientras los campos se obscurecen—mis pupi-
las se tornan más transparentes.—Ya apunta la
luz de una estrella—y los grillos redoblan su le-
tanía.

Cada voz es más evocadora:—lo vulgar hácese
milagroso.—Detrás del bosque el cielo está más
pálido,—mientras las cimas se bañan de claridad.

Y tú no notas, al pasar, viajero,— como la luz se descompone — en el amplio seno de las sombras. — Pero, inesperadamente, te sientes sobrecogido.

Traducción de A. D.

Arno Holz

FRENTE A MI VENTANA

Canta un pajarillo
ante mi ventana.
Arrobado le escucho; mi corazón aguarda.

Canta.

Me recuerda lo que tuve de niño
y que luego olvidé.

Traducción de A. D.

EN UN JARDIN

En un jardín,
bajo los árboles ensombrecidos,
aguardamos la noche de verano.
Aun no despunta ninguna estrella.

De una ventana,
en crescendo,
llegan los acordes de un violín.

La lluvia de oro deslumbra.
Las lilas embalsaman,
mientras en nuestros corazones
se levanta la luna.

Traducción de A. D.

SOBRE EL MUNDO

Pasan las nubes sobre el mundo.
Su luz pasa
a través del bosque.

¡ Corazón, olvida !

Del sol benéfico
fuye un sopor agradable,
y de las revueltas flores nacen
propicias consolaciones.

¡ Olvida ! ¡ Olvida !

De la espesura, el canto de un pájaro...
Canta su canto.

¡ La canción de la felicidad !

Traducción de A. D.

Hugo de Hofmannsthal

SUEÑO VIVIDO

El Valle del Crepúsculo llenaban
perfumes grises de color de plata,
como cuando la luna se tamiza
por entre nubes de borrosas tintas.
No era la noche sin embargo. Presto
con los aromas de matiz de argento

se disiparon en el valle obscuro
mis vagos pensamientos de crepúsculo,
y entre las aguas de una mar tranquila
me hundí callado... y se me fué la vida

Ví cálices de flores misteriosas
y negras, que brillaban en la sombra;

y en corrientes de tinte anaranjado
—como tibios fulgores de topacio—

una luz que pintaba la floresta,
de triste claridad amarillenta,

y todo estaba lleno por las olas
de una rara cadencia melancólica.

Y sin lograr siquiera comprenderlo,
mi turbada razón, pero sabiéndolo,

clamaba sin cesar entre mi mente,
que aquella realidad era la Muerte...

y la Muerte hecha música; la hermana
de los hondos anhelos; la que ama

a los seres que viven, y los busca,
toda vigor, entre la noche adusta.

Y en silencio y oculta entre mi alma
lloraba por la vida una Nostalgia,

y lloraba y lloraba como llora
el que se va—llevado por las olas

en una enorme embarcación marina
de fantásticas velas amarillas—

que a los tenues fulgores del ocaso,
desde las aguas de un azul opaco

consigue divisar en la ribera
todo el cariz de la ciudad paterna:

y se ofrecen las calles a sus ojos
y percibe el murmullo de los pozos,

y de los caros bosques familiares
aspira los aromas otoñales,

y se finge de pies entre la arena,
como en las horas de la edad primera,

transido de inquietud, con las pupilas
arrasadas en lágrimas esquivas,

y ve el roto cristal de su ventana
y tras ella su alcoba iluminada...

Pero la enorme embarcación marina
que no surte jamás en las orillas,

sigue adelante en el silencio mudo
que hacen las aguas de un azul oscuro,

sobre los viejos mástiles tendidas
melancólicas velas amarillas l...

Stephan George

ANIVERSARIO

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí:
Hoy ha siete veranos que lo vimos:
recuerda... En tanto
que Él hablaba, nosotros en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros !
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y una haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

Traducción de Guillermo Valencia.

Hombro contra hombro

ENTRE las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los Guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los Charrúas y los Mamelucos del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como a bestias feroces, los herraban y vendían por esclavos.

En una de las muchas invasiones de éstos, los Guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampando en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades, tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximo a venir a las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás, formando alas paralelas, marcharon hacia el norte.

El enemigo que acechaba sus movimientos, cuando los vio divididos y bastante lejos unos

de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detalle.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los montes, perseguidos siempre por los Mamelucos, hasta que, muertos de hambre y de frío, pudieron llegar a las márgenes del Uruguay, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los baqueanos declararon que era imposible pasar.

Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban, y al ver a sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente a la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó a despuntar el alba y a divisarse en lontananza, en la cumbre de las lejanas cuchillas, las ordas de los Mamelucos, que husmeaban su presa. Las mujeres y los niños rompieron en sollozos y gemidos. Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrentados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven alto, robusto, de vigorosa musculatura y excelente nadador, detúvose únicamente, y, confiado en su destreza y en sus nervios de acero, se precipitó en el río.

Otros y otros le siguieron.

Lucharon un momento... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimentos, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la corriente.

Poco después, sus cadáveres flotaban sobre las olas. Horrible desesperación se apoderó del alma de los Guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido del trueno: los enemigos acababan de divisar a los dispersos.—¡Protegednos, hermanos!—gritó un anciano adivino, dirigiéndose a sus antiguos compañeros—los Mamelucos, después de degollarnos pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rasgos de fuego aquella escena desgarradora.

—Sí, es preciso salvarlos—exclamó un joven

entusiasta—caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres, si no lo hacemos.

—Unidos, somos invencibles, tornó a decir el adivino: pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en las pupilas por su luz irresistible, sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó:

—Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos lo mismo y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito a los débiles, y de invencible barrera a la pujanza del río. Así lo ejecutaron, y entonces, a favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó a la otra orilla a los niños, a los heridos y a las mujeres.

Cuando llegó el feroz Mameluco encontró la playa desierta; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los Guaraníes derrotados, ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y, restablecidos de sus fatigas, en la ma-

drugada del siguiente día, aliados con la numerosa falange de Guaymirán, sorprendieron a los Mamelucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del Río de la Plata y de toda la América española, partido que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, seréis la presa y el escarnio de las más despreciables tribus.

A. MARGARIÑOS CERVANTES